

ATHENEA

ORGANO DEL
ATENEO DE COSTA RICA

Núm. 13

Tomo II

SAN JOSÉ
COSTA RICA

1919

30 Cts.

TIP. TREJOS HNOS.

LIBRERIA ESPAÑOLA, IMPRENTA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE
de doña MARIA v. de LINES
 Instalada de nuevo a su antiguo local

Acaba de recibir seis preciosas novelas a cual más interesante:

SIN DOTE	por Pierre Mael	1 tomo rústica	¢ 2.00	por correo	¢ 2.15
LA PIMPINELA ESCARLATA	» Baronesa de Orczy	1 » »	2.00 » »		2.20
ORO ESCONDIDO	» Salvador Farina	1 » »	1.75 » »		1.90
NOBLESA AMERICANA	» Pierre Coulevain	1 » »	3.50 » »		3.70
EL EMBOSCADO	» Paul Margueritte	1 » »	2.00 » »		2.20
MARE NOSTRUM	» V. Blasco Ibañez	1 » »	3.50 » »		3.75

Visite Ud. la librería y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

PUROS FILIPINOS de las más afamadas fábricas de Manila
SHOYU KIKKOMAN salsa japonesa para las comidas
SAKEFUKI delicioso licor popular japonés
 Canastillas, Petates, Pantuflas japoneses de todo estilo

LA MARINA
EDUARDO CASTRO SABORIO

APARTADO 979

TELEFONO 584

Cambios - Agencias - Giros
Atmella Hnos.

Establecidos en 1910:

San José, Costa Rica

Exchange - Agencias - Drafts

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA TORMO LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

TOMO II

ATHENEA

No. 13

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Directores: ROGELIO SOTELA y J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

La correspondencia dirijase a los Directores

De "la muy Noble y Leal ciudad"

He aquí que la noble y leal ciudad de Cartago, la vieja y tradicional provincia de Costa Rica, tiene un selecto grupo de cultivadores del arte que hoy viene a nuestra revista para ofrecernos—sin ningún alarde—la bella manifestación de su pensamiento.

ATHENEA se congratula al acoger estos trabajos que se le envían, seleccionados por un amigo nuestro, hijo de la noble ciudad; y ofrece a los lectores con regocijo este grupo de artistas que bien ilustraron el nombre de su tierra. Entre ellos aparecen notablemente los muertos ilustres: don Ramón Matías Quesada, literato y profesor distinguido; don Manuel de Jesús Jiménez, historiador ameno, hombre irreprochable y ejemplar; Presbo. don Juan Garita, jovial y bondadoso espíritu; don Félix Mata Valle, poeta sincero y entusiasta; Rafael Angel Troyo, nuestro recordado Rafael Angel, que siempre quiso hacer de la vida «una cosa bella» y que murió cuando su juventud asomaba sus perfiles a la linfa de la Fama; Pio Viquez, el celebrado autor de La Torcaz, periodista culminante, poeta excelso, propulsor de las letras en Costa Rica; Pacheco Cooper, joven e inspirado cantor que supo aunar todas las simpatías; y todos, sinceros cultivadores del ideal, a quienes agradece ATHENEA su colaboración valiosa y con cuyas producciones se honran las páginas de nuestra revista.

Entre los originales que se nos envían, encontramos trabajos inéditos de los desaparecidos, que indudablemente serán leídos con doble interés y con simpatía.

Nosotros congratulamos a los compañeros cartagineses por el acierto con que han hecho la selección de los trabajos y el anhelo generoso que los ha movido para presentar al público de Costa Rica tan valioso conjunto de firmas.

Y con esta ocasión. ATHENEA quiere ofrecer sus páginas a las otras provincias, a fin de que se vea en el país y en el extranjero, que aquí arden todos los espíritus en la misma noble llama.

Mañana será Alajuela, la heroica, luego será Heredia, la jovial, después vendría Puntarenas, la cálida, y más tarde las demás, que importará ciertamente para la historia literaria del país conocer con amplitud el movimiento general de nuestra cultura de letras.

Hacemos, pues, una excitativa a nuestros amigos de las otras provincias para que vengan a ATHENEAE y trabajen con nosotros a fin de alcanzar con buen éxito lo que siempre nos propusimos: el mejor conocimiento intelectual de los costarricenses.

R. S.

El Río de la vida

A Esimaco

Ven, laureado cantor, ven, contemplemos
el rumuroso *Río de la vida*,
que baja entre peñascos hacia el mar.
¿Ves esa rica góndola? Los remos
rozan apenas la onda estremecida;
me parece volar.

De grana y oro y raso va cubierta;
lleva tal vez monarcas poderosos,
o es un reflejo del naciente sol.
—¡Ah de la góndola!--¡Estará desierta?
—¡Paso a la nave! ¡somos los dichosos
—¿Lo ves? ¡cuán pocos son!

Y va la muchedumbre forcejeando
en toscas balsas y pesados leños,
que las ondas amagan destrozár.
En confuso tropel, otros saltando,
por ambos lados las abruptas peñas,
y estos somos los más.

¡Ay! en llegando al mar tendremos rota
la planta de los pies: el alma herida
por las crueles espinas del dolor.
Y en tanto se oye por la selva ignota
del majestuoso *Río de la vida*
el desigual rumor.

Juan Garita,
Presbo.

Nota.—No fué posible insertar en este número todo el material recibido; prometemos publicarlo en una próxima edición de la revista.

Juan Solano

Uno de los fundadores de Cartago

(Indóito)

Juan Solano nació en Castilla en el año de 1538, pues en el de 1568 declaró ser de treinta años de edad.

Perteneció a una familia distinguida, a juzgar por las palabras que a este respecto dejó consignadas Domingo Jiménez: «Le tengo por hombre muy principal, caballero, hidalgo, de solar conocido, pues conozco en España a muchos deudos suyos que por tales son tenidos.»

Siendo muy joven todavía emprendió viaje al nuevo mundo. España se despoblaba. Todos querían venir a recoger su parte de riquezas o de gloria, ofrecida entonces ampliamente por la fortuna a los audaces.

Juan Solano fué uno de los muchos que vinieron y uno de los pocos que dejaron su nombre limpio de crueldades. Dichosamente la nave en que él cruzó los mares traía el rumbo de la América Central, pues más bien fué el bondadoso fundador de una colonia, que el duro conquistador de caciques indefensos.

En el año de 1561 estaba en León de Nicaragua. Allí se alistó entonces en las filas del Licenciado Juan Cavallón, para venir al descubrimiento de Costa Rica. Cavallón vino por tierra y entró por la parte de los indios chomes. Los indios del interior presentaron muy poca resistencia, sin embargo en Garavito trataron de repeler, con las armas en la mano, la invasión que amenazaba su salvaje libertad. Los defensores de Garavito traspasaron a Juan Solano un pie con una flecha y le hicieron otras heridas, cuyas cicatrices le duraron todo el resto de su vida.

Cavallón penetró hasta el actual valle de Cartago, pero, no encontrándose fuerte para mantenerse en lugar tan apartado, regresó y fundó hacia los llanos del Carmen la ciudad que designó con el nombre de Garcí Muñoz. Nada firme estableció en el año de su permanencia en Costa Rica, pasado el cual regresó a Guatemala, a consecuencia del llamamiento que le hicieron para que fuese a desempeñar el cargo de Fiscal de la Audiencia Real de los Confines.

El padre Juan de Estrada quedó al frente de la nueva población; y bien sea que los vecinos no encontraran en él las condiciones aparentes para Jefe o que los arredrase la empresa de la conquista, es lo cierto que paulatinamente se fueron saliendo de la tierra. Sin embargo, unos pocos se quedaron; y entre ellos se menciona a Juan Solano.

Juan Vázquez de Coronado recibió el encargo de continuar la conquista de Costa

Rica. Llegó a principios de 1563 a Garcí Muñoz; y enseguida dió principio a su trabajo.

Juan Solano acompañó a Vázquez de Coronado en todas las principales expediciones de la primera jornada, mediante las cuales se sometieron al dominio español las provincias del interior del país; él presenció la sumisión de los caciques de Coyoche, Accerri, Pacacua, Guarco y Co; él se encontró en la toma del palenque fortificado de Coucto, la acción de guerra más notable de la conquista, en la cual salieron heridos veintidós soldados españoles; y él, en fin, llegó con su general hasta la remota comarca de Turucaca.

Vázquez regresó a Garcí Muñoz, y mirando lo inadecuado del sitio en que estaba fundada la ciudad, dispuso trasladarla al valle del Guarco, valle que en tiempo de Cavallón había sido descubierto por Ignacio de Cota, y del cual el mismo Vázquez se expresa en estos términos: «Envié a Juan de Illanes, sargento mayor, a la provincia del Guarco con sesenta soldados, que se habían rebelado uno o dos caciques y el principal de todos no había dado la obediencia y vasallaje.... El sargento y soldados me dieron noticia de que en estas provincias había un valle, el mejor de Indias, para poblar una ciudad. Vista la nueva que el sargento me dió del buen asiento del Guarco y consideradas las faltas que el de esta ciudad tiene, especialmente de tierras para sembrar, y el estar apartado del concurso de los naturales; y que estando en comarca de ellos con más comodidad serán doctrinados, acordé ir a ver el valle y visitar las provincias a él comarcanas; enviéles a avisar con un soldado solo; recibieronle bien, durmió entre ellos; y otro día llegó con doce hombres y el padre fray Pedro de Betanzos y fray Martín de Bonilla; holgáronse conmigo; díles rescates; estuve con ellos seis días; vi el asiento; parecióme bien y no he visto otro mejor en estas partes, eceto el de Atrisco en Nueva España. Tracé una ciudad en un valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en largo y legua y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y mayz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo. Nombré a la ciudad, Cartago, por llamarse esta provincia deste nombre».

Vázquez de Coronado, pues, señaló a mediados del año de 1563 el lugar de la ciudad de Cartago, y comisionó enseguida a Alonso Anguciana de Gamboa para que viniese a delinear la población y a construir las habitaciones provisionales que

eran menester. Juan Solano acompañó a Anguciana en el desempeño de esta comisión, la cual tardó para cumplirse el trascurso de varios meses, pues no fué sino por el de marzo de 1564 cuando los españoles, abandonando a Garcé Muñoz, vinieron a residir en este valle del Guarco. Por lo tanto, bien puede decirse que Juan Solano vio nacer a la ciudad de Cartago, en el campo en que confluyen el Taras y el Purires; en el mismo punto en que hoy unos robustos cruceros de poró y un grupo de naranjos deshojados, aquellos con su orientación hacia los rumbos cardinales, figurando los solares, y éstos con el musgo añoso que los cubre, parecen indicar que allí precisamente tuvo su primer asiento Cartago, y su cuna Costa Rica.

Vázquez temporalmente se ausentó de Costa Rica, para traer de Nicaragua nuevos elementos, indispensables a la prosecución de la conquista, dejando a Juan Illanes de Castro por su teniente en Cartago. Los indios mientras tanto se rebelaron y mataron a ocho soldados españoles. Fué preciso hacer nuevas correrías; y en ellas Juan Solano demostró cumplidamente su actividad y pericia.

Cuando volvió Vázquez de Nicaragua, emprendió su famosa jornada al río de la Estrella, en la cual no tomó parte Solano, porque se había quedado encargado de la guarda de Cartago.

En tiempo de Pedro Venegas de los Ríos, sucesor de Juan Vázquez de Coronado, se levantaron otra vez los indios comarcanos. La ciudad se velaba noche y día y las casas fueron tomando tan mal sesgo que la mayor parte de los soldados, abandonando la comenzada conquista, se salió de la provincia. Tan sólo quedaron nueve vecinos, desamparados, y entre ellos Juan Solano.

Los nuevos elementos que trajo, el Gobernador Perafán dieron estabilidad a la colonia. Juan Solano fué encargado de hacer varias entradas de guerra, y con ellas se consiguió nuevamente la sumisión de los rebeldes.

Perafán fundó en 1569, en las vecindades de la actual Esparza, la ciudad de Aranjuez, y nombró por corregidor de ella al capitán Juan Solano.

El astuto Perafán, para enardecer el decaído entusiasmo de los soldados y obligarlos a seguirle en la expedición que proyectaba a Tierra Adentro, les repartió en encomienda todos los pueblos de indios que existían en la provincia.

Los indios, pues, entraron en 1569, bajo título de encomienda, en una odiosa y disfrazada esclavitud. Sin embargo, debemos convenir en que sin las encomiendas, es decir, sin el trabajo forzado de los indios, los españoles, al mirar la pobreza de este país, de seguro que se hubieran ausentado, llevándose consigo el germen de la relativa civilización de que disfrutamos. El predo-

minio de las razas superiores ha sido, es y será la eterna ley de la Historia; ley que debiera a nosotros mismos ponernos sobre aviso, impulsándonos, por efecto de nuestra espontánea libertad, a mejorar de condición social, para evitarnos la repetición de la catástrofe irresistible que, en los días de la conquista, llenó de espanto a nuestra tierra.

Todas las historias están llenas de pavorosas enseñanzas, escritas con caracteres indelebles, en sus páginas más útiles, o en los restos dispersos del lenguaje, o en las piedras funerarias de antiguas sepulturas. Los chorotegas, asentados en las costas del Pacífico, habían venido del Norte; y del Sur, los Couts, que vivían en las partes de Boruca. En los llanos de Santa Clara, habitaban algunos restos aztecas; y los güetares del interior, originarios eran del Brasil. De modo, pues, que a juzgar por los datos arqueológicos y lingüísticos, recogidos por personas entendidas, bien se puede decir que, aún desde antes de venir los españoles, ya se habían efectuado aquí, entre los mismos aborígenes, irrupciones anteriores, tragedias pavorosas, castigos severísimos; pues los pueblos todos de la tierra han debido soportar el peso de esa dura ley del predominio del más fuerte en la constante peregrinación hacia el progreso.

En aquella ocasión, Perafán de Ribera era el más fuerte; y por eso repartió las encomiendas. A Juan Solano le tocaron ciento cincuenta indios de Puríce y doscientos cincuenta de Garavito.

La provincia de Garavito era de las más notables de Costa Rica, cuando vinieron los españoles; se extendía a lo largo de la ribera derecha del río Grande, desde las inmediaciones de Barba hasta el valle de Landeche; y el pueblo estaba situado como a cuatro leguas de Esparza, cerca de la actual villa de San Mateo.

Llamáronla Garavito porque ese era el nombre del indómito cacique que la gobernaba cuando la conquista; pero esa palabra indudablemente es de origen castellano. Los indios con frecuencia se ponían los nombres de sus conquistadores; así es que el adoptado por el cacique referido debe de provenir del capitán Andrés de Garavito, personaje notable en la borrascosa y efímera existencia de la villa de Bruselas: la primera población de españoles que hubo en Costa Rica.

Pedrarias de Avila, Gobernador del Darién, comisionó en 1519 al Licenciado Espinosa para que hiciese descubrimientos en la Mar del Sur hacia las partes de Occidente. Hernán Ponce de León, que formaba parte de esa expedición, fué el primero que descubrió nuestras costas del Pacífico.

Más tarde, en 1522, las recorrió, por tierra y mar, el animoso Gil González; pero nin-

guno de los dos dejó en ellas un recuerdo permanente de su paso.

Siguiendo las huellas de Gil González, vino el capitán Francisco Hernández de Córdoba, enviado por el astuto Pedrarias, para aprovecharse mañosamente de los descubrimientos entonces efectuados.

Hernández de Córdoba fundó en 1524, en las costas de Orotina, la villa de Bruselas; y como se dirigía hacia Nicaragua, dejó por su teniente en la villa referida al capitán Andrés de Garavito.

Hernández fundó también las ciudades de León y de Granada. Comenzó, pues, con buen suceso la jornada, pero la terminó trágicamente, porque su desmedida ambición lo condujo a rebelarse contra su propio jefe, el cruel Pedrarias.

Necesitando Hernández de soldados para resistir a Pedrarias, dió órdenes en 1525 a fin de despoblar a Bruselas. El capitán Garavito rehusó secundar los proyectos de Hernández, pero fué reducido a prisión y la villa quedó desamparada.

Pedrarias llegó con gente a Nicaragua; el rebelde fué vencido y muerto en el patíbulo; y la villa de Bruselas, de nuevo repoblada.

Dos años después tuvo Pedrarias que volver a Panamá, para dar la residencia del tiempo que allí había sido gobernador; y, durante su ausencia, Diego López de Salcedo se hizo recibir por gobernador de Nicaragua; y porque, enviadas sus provisiones a Bruselas, no quisieran recibirle, a causa de no extenderse su gobernación a esta provincia, envió al capitán Andrés de Garavito, con gente, el que la despobló, sin dejar españoles en ella.

Cuando volvió Pedrarias hecha su residencia, con provisiones reales de gobernador de Nicaragua, halló despoblada a Bruselas, mucha carestía, y muertos muchos indios.

La hazaña devastadora del capitán Garavito no tuvo reparación, porque la infeliz villa de Bruselas después de esta segunda acometida, ya no volvió jamás a levantarse.

Consta, pues, que el capitán Garavito permaneció algún tiempo en nuestras costas; así es que, tanto por estos datos, como por llevar más tarde su mismo nombre el cacique de las riberas del río Grande, debemos inferir que él fue el primer español que penetró hasta el interior de Costa Rica; pero de esa expedición no ha quedado rastro alguno en los Archivos. El pueblo de Garavito ha sido el único testimonio, que con su nombre, acredita aquellas olvidadas correrías.

Pues bien, en ese pueblo de Garavito fué en donde el capitán Juan Solano recibió el premio de sus servicios, con la encomienda de doscientos cincuenta indios infieles.

Encargaban mucho a la conciencia de

los encomenderos que se empeñasen en la conversión de los infieles. Dicen que los españoles, cuando fundaban un pueblo, lo primero que hacían era una iglesia. A este respecto el capitán Solano debió de tener tranquila la conciencia, pues el pueblo de Santa Catarina de Garavito tenía su iglesia y su convento.

Consta por un documento inédito del año 1590, que la iglesia era muy pobre, puesto que solamente tenía «una imagen de bulto de Santa Catarina, que costó cien pesos, un Crucifijo, unos papeles pintados de historias, en las paredes de la iglesia; un cáliz de plata con patena, una casulla de tafetán blanco y azul, un alba, una ara quebrada, un atril, cuatro petates, un frontal de manta de la India, y unos manteles viejos para el altar.»

Como se ve por estos datos, la iglesia de Santa Catarina era muy pobre, pero eso no obstante, la encomienda de Garavito fue de las más apetecidas, porque como aquellos indios, desde el principio, fueron totalmente dominados, tenían que ser de los más puntuales en acudir con sus respectivas tasaciones.

Habiendo sido, pues, el capitán Solano tan favorecido en el reparto, claro está que había de ser un entusiasta partidario de la expedición que proyectaba el Gobernador a Tierra Adentro.

Estaban frescas todavía las noticias que Vázquez y sus compañeros habían traído de los ricos lavaderos de la Estrella y de la numerosa población de aquella parte, Perafán, no obstante su avanzada edad, dispuso ir en persona tras el codiciado metal, que tanto apetecía. El capitán Solano fué uno de los más notables colaboradores en esta famosísima empresa.

A pesar de las dificultades del camino, pudieron sojuzgar los pueblos de Cherripó, Pooeci, Ayoaque, Moyagua y Ciruro, y llegar a las orillas del río de la Estrella, en donde encontraron quemados los palenques y taladas las sementeras. Probablemente no siguieron las mismas huellas de Coronado, pues no se dice que encontraran ni siquiera las señales de aquellos famosos lavaderos, que desde entonces se ocultaron a las miradas codiciosas de aquellos que buscándolos han perdido inútilmente tiempo y dinero.

Pasando trabajos inauditos llegó Perafán al sitio de Arariba, en donde permaneció por largo tiempo; y allí dispuso que Juan Solano continuase la exploración hasta llegar a los confines del territorio costarricense. Solano, en efecto, tomó posesión de aquellos lugares apartados en nombre del Rey de España.

El Gobernador abandonó las regiones del litoral atlántico, tramontó la cordillera, y bajando a las comarcas de Boruca, fundó la ciudad que llamó Nombre de Jesús.

Juan Solano fué nombrado Teniente Go-

bernador de la referida población, pero su estada allí fué de pocos meses, porque los vecinos, no encontrando manera de permanecer en un lugar en donde carecían de toda clase de recursos, tuvieron que regresar a Cartago.

Poco tiempo después de la vuelta de Perafán, se sublevaron nuevamente los aoyaques. El Gobernador envió contra ellos a su hijo, don Diego López de Ribera. El Capitán Solano acompañó a don Diego en esta entrada.

El asiento escogido por Juan Vázquez para asiento de la ciudad de Cartago no satisfizo a Perafán. Se formaban allí tan grandes lodazales que llamaban por apodo a la ciudad: «Ciudad del lodo». El terreno, en verdad, abunda mucho en barro de ollas; mas fuera por el barro o por otro eualquier motivo, es lo cierto que Perafán en 1572 trasladó la población al sitio de la Mata Redonda, la actual Sabana de San José, conservándole, sin embargo, su nombre primitivo de Cartago.

Perafán, que cuando vino traía tan grandes esperanzas de hacerse rico, mirando la pobreza del lugar, abandonó la gobernación, dejándola provisionalmente a cargo de Solano.

En 1571, siendo gobernador Alonso de Anguciana, ocurrió la traslación de la ciudad al lugar en que hoy está asentada. Probablemente en el documento que autorizó esta última y definitiva traslación, figuraron, en primera línea, los nombres de Juan Solano y Alvaro de Acuña, pues en Cartago, muchos años después, las personas más versadas en los Archivos del Cabildo, atribuyeron, erradamente, a aquellos dos viejos conquistadores la fundación de la ciudad.

Por órdenes terminantes del Monarca, era forzoso a los encomenderos el casarse. Seguramente el capitán Solano no quiso buscar su compañera en los humildes ranchos de su encomienda, pues en 1576 hizo un corto viaje al vecino reino de Tierra Firme, de donde regresó casado con doña Mayor de Benavides.

El recto y probo Gobernador Artieda, hostilizado por la Audiencia, fué llamado, en 1579, a Guatemala; y durante su prolongada ausencia quedó el Capitán Solano por tercera vez al frente del gobierno superior de la provincia.

Fuó el primer Alcalde de la Santa Hermandad que hubo en Cartago; sirvió el destino de Tesorero de la Real Hacienda; y varias veces el de Regidor de la ciudad. Es decir, desempeñó durante largo tiempo los más altos y más honrosos cargos públicos de la provincia, de los cuales no se apartó sino cuando, por razón de su avanzada edad, dejó de tener aptitud para servirlos; y aun entonces, siguió desempeñando otras funciones más altas y más honrosas: las funciones de la experiencia y del buen

juicio, pues siempre fué Solano el hombre de consejo en la ciudad.

El día 8 de Agosto de 1610, siendo Gobernador don Juan de Ocón y Trillo, llegó a Cartago la noticia de la apurada situación en que se hallaban los vecinos de Talamanca, a causa del levantamiento general de los cavécares. La noticia causó profunda impresión en la ciudad, y a són de campana tañida se reunieron en el Cabildo los vecinos principales del lugar, para disponer lo que fuera acertado practicar en ese evento.

El documento oficial que refiere aquel funesto fin de Talamanca y lo resuelto por la junta consultiva de Cartago, consigna también el nombre del consejero Juan Solano, con muestras de grandísimo respeto. La junta resolvió que se enviasen sin demora los auxilios que imploraban los sitiados. Los auxilios se mandaron; se salvaron los sitiados; pero la ciudad de Talamanca para siempre se perdió.

El documento aludido es el último en que aparece la firma del capitán Juan Solano. Debe de haber muerto por el año de 1615, pues en 1616 dice su hijo Francisco que ya era muerto recientemente su padre.

A las revelantes cualidades que adornaron al capitán Solano, debe agregarse también la recomendación de haber sido el progenitor de una familia que durante largos años ocupó el lugar más distinguido en la ciudad.

Como se ve por estos datos, recogidos de fechados documentos, el capitán Juan Solano fué persona prominente en la primitiva Cartago, por los notables servicios que prestó en la conquista del territorio, en la perpetuidad de la colonia, y en la organización de la ciudad.

Adonde él, constantemente llegaron a buscar los forasteros un albergue, los soldados un caudillo, los Gobernadores un consejero, y los indios un protector. Sus amplias casas pajizas, fueron en la naciente Cartago, lo que en las regiones del oriente, las tiendas hospitalarias de los tiempos patriarcales.

Por eso don León Fernández, refiriéndose a Solano, ha dicho lo siguiente: «Él fué sin duda una de las figuras más prominentes y simpáticas de la conquista de Costa Rica, por su honradez, desprendimiento y larga e importante hoja de servicios, siempre limpia y sin mancilla. Su larga vida, su numerosa familia y sus valiosos servicios lo hicieron ser considerado, por sus contemporáneos, como la persona de mayor respeto en la Colonia».

Manuel J. Jiménez

Este valioso trabajo del ilustre desaparecido don Manuel de Jesús Jiménez, nos ha sido enviado por su hermano don Ricardo para corresponder así a nuestra excitativa. Pertenece este original a una serie de «biografías inéditas» que dejó el ameno historiador. Agradecemos vivamente tan importante envío.—L. D.

Los rugidos de la fiera

Página Helénica

Terminaba el siglo de Pericles: la moribunda antorcha de la elocuencia griega lanzaba sus últimos y más vivos resplandores. Demóstenes y Esquines, implacables rivales por más de catorce años, Jefe el primero del partido que combate a Filipo, y Director el segundo del bando aristócala vendido al oro del macedonio, tienen avasallados a los atenienses desde la tribuna.

Llega la ocasión decisiva: Ctesifonte había propuesto un decreto por medio del cual se concedía a Demóstenes una corona de oro que debía ser presentada en la solemnidad de las grandes fiestas dionisiacas, como una recompensa a la virtud y a los extraordinarios servicios prestados a la patria por el inmortal orador. Esquines ataca rudamente al autor del decreto, y luego se ensaña con la vida entera y la reputación de su viejo adversario: lo llama cobarde porque se ha cortado en un discurso delante de Filipo, Rey temido por su espada y por el filo de su crítica; lo apellida desertor porque en la batalla de Queronea arrojó el escudo y emprendió la fuga; lo acusa de sobornado porque ha aceptado regalos del Rey de Persia; y por último lo declara indigno del premio, por cuanto no ha rendido cuentas del manejo de fondos públicos, como la ley lo ordena aún al Areópago mismo, el tribunal más alto de la República.

La Grecia entera acude a presenciar la lucha de los dos colosos de la palabra más célebres de la época. No era aquel un auditorio de bárbaros como dice Samuel Johnson; era una asamblea espiritual, culta en extremo, en donde todos los ciudadanos eran legisladores, jueces y soldados, acostumbrados a discutir con calor, a aplaudir a los titanes del pensamiento, a silbar a los mediocres y a corregir hasta los defectos de pronunciación de los oradores. Tal era el Juez que sobre la arena del Agora, iba a fallar en el ruidoso proceso de la Corona, en que los dos atletas, estimulados por sus odios mútuos, esgrimieron los rayos de su candente verbo.

«Atenienses!—exclamaba Esquines—jamás he envidiado las ocupaciones de Demóstenes y nunca me he avergonzado de las mías. No niego los discursos que he pronunciado ante vosotros; pero si pudieran parecerse a los suyos, me creería digno de la muerte. Mi silencio ha sido efecto de mi modesta vida. Satisfecho con poco, no he deseado enriquecerme con la deshonra. Hablo y callo con reflexiva determinación, no impulsado al capricho de ávidas concupiscencias. Pero tú, si se te paga, eres mudo; una vez disipado el oro, gritas».

Y luego desencadena una furibunda tempestad de cargos contra su formidable enemigo a quien Cicerón llama «El Divino», y termina apostrofando a la exaltada multitud para que no ciña a la frente de Demóstenes la áurea corona, que es un desdoro para la justicia y un descrédito para la patria.

La ansiedad y la expectación se redoblan. Ha subido a la tribuna el monstruo, que en fuerza de estudio y de constancia había subyugado todos los obstáculos con que la naturaleza se oponía a su vocación. Allí es un soberano, un profeta, un mago que pone en agitación todas las pasiones del ánimo. Comienza rogando a los dioses inmortales que le faciliten los medios más eficaces para justificarse, y termina suplicándoles que corrijan el espíritu y el corazón de su adversario. Entre estas dos piadosas extremidades, vierte su ironía pintando las ventajas que lleva su acusador: «Los peligros que corremos no son iguales, porque si él no gana su causa, no pierde nada; y si yo me enajeno vuestra amistad.... pero no, no saldrá de mis labios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo a hablarlos. La otra ventaja que le favorece consiste en que hay natural inclinación a escuchar con agrado las acusaciones y las calumnias y a oír con disgusto a los que se ven obligados a hablar bien de sí propios».

Luego estremece al auditorio, a quien tantas veces había lanzado él desde los teatros a los campos de batalla, y aturde al contrincante con el estallido de su elocuencia atronadora como la voz del Sinai. «Insidioso Esquines, has tenido la simpleza de pensar que, dejando a un lado mis actos políticos, atendería sólo a rechazar tus insultantes personalidades? Nó, no esperes de mí semejante locura».

Desciende a veces como el torrente que va arrastrando todos los estorbos y malezas de la cañada, se vindica ampliamente de todas las acusaciones que se le hacen, delata todas las perfidias de su enconado enemigo y, como la ola, que al chocar contra un escollo pasa intrépido sobre él, cubriéndolo de espumas y a veces de alimañas, así él, con inaudito sarcasmo abruma a su contrario. «Yo vituperarte la amistad de Alejandro!—Cuándo la has adquirido?—Con qué títulos? Nó; yo no puedo llamarte ni el amigo de Filipo, ni el huésped de Alejandro, ni soy tan insensato.—Cuándo has visto que los segadores y las demás gentes que ganan un salario se llamen amigos de quien les pague?—No; estos nombres no te convienen ni pueden convenirte, Mercenario de

Filipo, antes mercenario de Alejandro, ahora así como yo te designo y como te designan todos los que me escuchan!—Lo pones en duda? Pues preguntales... o más bien yo les preguntaré por ti.—Decidme, ciudadanos de Atenas, — es Esquines el huésped de Alejandro y es su mercenario?—(El pueblo grita: *mystotós, mystotós!*) Ya lo oyes? El pueblo te llama asalariado».

Después de vehementes increpaciones, critica la pintura del demócrata hecha por Esquines, y pregunta: «Ignoras que el verdadero demócrata no se conoce en sus palabras, sino en sus actos y en su política?»

Y como si le pareciesen débiles aquellos golpes tan certeros, empuña la maza de su poderosa dialéctica, y descarga sobre la cabeza del antagonista maltrecho esta cruel inventiva: «¿De qué ha servido a la patria tu elocuencia?—En ti creo ver a un médico que al visitar a sus enfermos no indicase ningún remedio para curarlos, y que después de muertos asistiera a los funerales y los siguiera hasta la sepultura, diciendo: «si hubiesen adoptado tal sistema, no habrían perdido la existencia, insensato.—Tal es hoy lo tardío de tu lenguaje».

Desde la tribuna que a veces se convierte en lira, según la expresión del abate Maury, y a veces tiene todo el fragor de la tormenta, compara Demóstenes su suerte con la de Esquines, y cierra el paralelo con una antítesis tremenda: «Enseñabas las primeras letras, yo tenía maestros; servías para explicar los misterios, yo estaba iniciado en ellos; eras bailarín, yo corega; escribiente, yo orador; histrión subalterno, yo expectador; caías en la escena, yo silbaba. Cuando eras gobernante, favorecías a los enemigos, y yo trabajaba por la pa-

tria; y para abreviar el paralelo, hoy mismo que quieres disputarme una corona, somos juzgados, yo irreprochable y tú calumniador!»

Lee la inscripción que Atenas grabó sobre la tumba de sus mártires y exclama con el acento de un profeta: «Lo oyes? Sólo a los dioses inmortales pertenece el no equivocarse nunca, y sólo ellos disponen de la fortuna».

Y termina la magistral arenga, proclamando así las cualidades del buen ciudadano: «En el ejercicio del poder una firmeza inquebrantable para mantener el honor y la supremacía de la República, y en todo caso, y para todos los actos públicos, desinterés y patriotismo».

Concluida la polémica, la mayoría de aquel inmenso tribunal democrático absuelve entusiasmado a Ctesifonte, y coloca la disputada corona de oro sobre las sienes del vencedor. Esquines se retira a Efeso y más tarde emprende hacia Rodas el camino del destierro. Ahí entonces de la hidalguía ateniense! Demóstenes le ofrece parte de su fortuna; el tribuno proscrito abre una escuela de elocuencia; lee primero sus discursos contra el león de Agora y los discípulos se maravillan de que haya sido vencido, pero declama después el de su rival, y todos se quedan pasmados de admiración. Entonces el maestro, en un noble arranque de justicia, y sobreponiéndose al natural sentimiento de su derrota: «Qué sería si hubieseis oído rugir a la misma fiera?»

R. M. Quesada

24 | XI | 1904.

El Quijote de Cervantes

Crear un sér tan noble en su destino,
que cuanto mira todo lo abrillanta;
y el pensamiento y la ilusión levanta
a grande altura del vivir mezquino.

Opugnarle otro sér en el camino,
que al suelo pega lo prosaica planta
y, despreciando la ilusión que encanta,
al pan lo llama pan y al vino, vino.

Y de ambos seres, juntos y distintos,
hacer que el drama de la vida brote
como producto de los dos instintos,

eso, que nadie osó concebir antes,
al dar la luz a su inmortal Quijote,
muerto de risa lo alcanzó Cervantes.

Félix Mata Valle

ATHENEA se vende en Cartago en la Sucursal de la librería Lines.

Cartago

Es indisputable que la ciudad reina para una vida de reposo, tranquilidad y retraimiento es Cartago, sin que a estas falten condiciones que levantan el espíritu convidándolo a recreos amables que dulcifican.

Cartago es serena, pero está lejos de ser muerta como algunos afirman con poco o ningún examen de lo que dicen. No puede faltarle vida, plenitud de vida, a un medio que reúne dentro y en torno las más hermosas manifestaciones de la naturaleza.

La ciudad de los Gobernadores de la Colonia tiene luz intensa y sombra fuerte que contrasta con aquella; fresca que vivifica, aire puro que ensancha los pulmones, aromas que expanden las ventanitas de la nariz; sol radiante que hace la gloria del germen y el hechizo de la planta; luna que parece, ahora, la bruja tradicional que vaga por los aires, derramando su opio al través del linón blanquecino y plomizo a trechos que impide que las estrellas nos claven sus ojos parecidos a otras tantas tachuelas de oro, y luna que parece, después, sobre el filo de la montaña, aquella hostia que vio Victor Hugo en la mano del mismo Dios que oficiaba en el suntuoso altar del Universo.

Cartago tiene muchas prendas. No olvidemos su magnífico cinturón de montañas soberbias, enriquecidas con todos los colores de la paleta inagotable del arte. Los verdes más raros, las gualdas más atrevidas, los azules más ignorados, toda clase de matices y las luces y sombras de la poética, clásica y romántica, del ingenio antiguo y del moderno, se ostentan allá en la cresta, allá en el declive. El filo del Irazú es de puro acero bruñido, empavonado y reluciente.

Pero Cartago tiene también planos bellísimos donde Flora ostenta toda su gala de fiesta; toda la ciudad está sobre una meseta ligeramente inclinada de Norte a Sur.

No hay el movimiento que hay en San José; pero en cambio se vive y no se muere en la eterna lucha del mío y del tuyo. La necesidad no espolea allí como en la capital; es más humana, menos exigente. Se contenta sin regateo con lo que basta. El lujo no la apura, la disipación no le grita, la fiebre de la soberbia no la quema, y ella puede, por lo mismo, mostrarse tranquila y pedir con dulzura y abnegación.

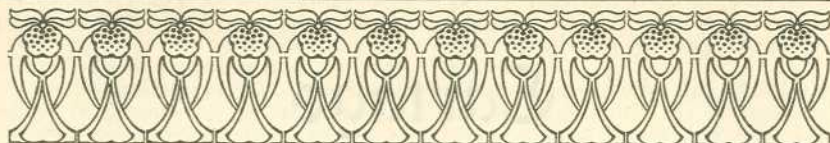
La sociedad tiene mucha semejanza con la josefina. Su cultura es más exquisita, pero tiene el mismo sello. La juventud se distingue por sus buenas costumbres, y la

madurez por su notable circunspección y amor a lo caballeroso. Cuanto a las niñas nada decimos. Nadie ignora que la mujer cartaginesa trasciende a sencias olorosas que manan de su candor civilizado y de su amor a la brillantez invariable de su pureza. Una niña de Cartago es una suerte segura, vale más que un talismán árabe.

Con que digase por lo poco que hemos podido decir así, al vuelo, todo al vuelo, sino es Cartago la ciudad reina para una vida dulce, olvidada y feliz.

Quedamos en que la ciudad de Cartago, es la reina para una vida amablemente quieta y reflexiva. Pues ahora decimos que no hay, sin embargo, motivo bastante para que excitemos a los ricos principalmente, a que construyan en Cartago su palacio y echen las bases de su finca, y es porque los cartagineses abusamos de nuestro bien; somos muy poco amigos de comunicar, amamos el egoísmo, y nos perdemos por cualquier capa o sobretodo que nos cubra, en las noches de niebla fuerte que se derrite en lágrimas. El cartaginés tiene buen ánimo, pero le falta resolución. Que atravesase su acera sin temor, que cruce la calle, que oiga la lengua extraña y mire el rostro extranjero; que se avece a la humanidad entera y nadie, ningún otro pueblo podrá disputarle su ventaja. Faltan en Cartago hoteles buenos, cantinas limpias, paseos hermosos, y, sobre todo, calles propias para que corran, sin ruido estropeante de las orejas, coches y bicicletas. La Municipalidad no puede hacerlo todo, pero tiene derecho para exigir pago de gastos a los vecinos; y el que no quiera pagar que venda; así compraremos más barato los anhelantes a ser vecinos de Cartago. Cartago ganará mucho cuando a sus bellas condiciones—sin esfuerzo y sólo por don de la pródiga naturaleza—junté otras no menos necesarias que pide el refinamiento. No basta que la boca sea fresca y cantavadora por el carmesí de sus labios mismos; se necesita además que el cepillo lave sus perlas, las bruña y abriente. Cartago es la muchacha linda a quien nada le falta para que el seno le crezca en seducción y le palpite como enamorada nueva; sólo tiene que cuidar de sus afeites: que se pula, que se acicale, y que se ponga zarcillos y sortijas.

Pío Diquez



A Pío Viquez

Del aplauso al halago indiferente
cruzó la ardua pendiente
de la existencia, ajeno a los agravios
tranquilo el corazón, alta la frente,
y la genial sonrisa entre los labios.

No lo sedujo efímera grandeza,
y supo siempre despertar altivo
de la torpe ambición las glorias vanas.

Fué amigo de Anacreonte y de Virgilio,
y, adorador del arte y la belleza
fueron las nueve musas sus hermanas.

Cuando pulsar solía
las cuerdas de su lira delicada,
brotaban a porfía,
en estrofas sentidas y armoniosas,
el áureo madrigal y el tierno idilio,
cual enjambre de inquietas mariposas;
e iban en ronda alada,
con venturoso anhelo,
a llevar una frase de consuelo
o a posarse a los pies de su adorada.

Bajo el azul del cielo,
no todo es ilusión y desencanto:
la alondra del jardín remonta el vuelo,
mas aún en la espesura
queda vibrando su amoroso canto....

El genio del artista nunca muere:
eternamente y sin cesar fulgura
en el lienzo, la estrofa y la escultura.

Del escritor y amigo malogrado,
el generoso espíritu,
en su libro genial está encerrado.

Hoy la Gloria a su frente
una corona ciñe de inmortales;
y allá en el cementerio,
del ocaso a los fúlgidos cendales
o a la apacible luz de las estrellas,
amorosa cual nunca y diligente,
irá a su tumba la torcaz doliente
a cantarle sus íntimas querellas!

Emilio Pacheco Cooper



El más viejo de la Aldea

(A doña Emilia Pardo Bazán)

Una tarde, de los primeros días de nuestra temporada de verano, en que los niños conversábamos en el balcón de nuestra casita blanca de la aldea, por el sendero que poblaban rumorosos cipreses y sauces umbríos, venía pasito a paso, cojeando, cojeando, un viejecito muy viejo y muy encorvado, de nevados y luengos cabellos, y de barba florida y larga, que le daba el aspecto de un anciano mago de un cuento oriental. Todos miramos con curiosidad y respeto a aquel anciano, que apoyado en un grueso bordón, pasaba sonando sus pesados zuecos de madera, y que sin mirarnos, seguía su camino como si estuviese fastidiado de ver niños en los balcones de las casas.

Mis hermanitas dijeron entonces: Pobrecito el viejecito que de tan viejo se va a morir!.... Y nosotros los hombres nos reímos de los zuecos que chocleaban al andar....

Al día siguiente, y a la hora en que el crepúsculo doraba la silenciosa campiña, por el sendero que llenaban con sus gemidos los sauces y cipreses, venía el viejecito más viejo de la aldea. Aquella tarde no iba solo, una chiquilla le acompañaba sirviéndole de blando sostén a su cansado cuerpo. Qué bonita era la niña con sus ojillos morenos y picarescos, sus cabellos brunos y su pequeña boca de fresa, y qué buena se veía con su sencillo trajecito de blanco percal. Al pasar bajo la alegría del balcón, nos miró a todos sonriente, como si quisiese tenernos por amigos. No había duda, la muchachita debía ser nieta del viejecito, sí, del viejecito que se iba a morir, como desde entonces lo llamamos.

Después supimos muchas cosas, entre otras: que el buen hombre se llamaba don Joaquín, que había sido maestro de escuela de la aldea durante muchos años, y que

ahora, y en una ruinoso casa, olvidado de todos, vivía tan sólo con el cariño de la nietecita de su alma, que desde muy pequeña había sentido también la amarga tristeza de la orfandad....

Y a medida que transcurría el tiempo, *el viejecito que se iba a morir* se volvía más arrugado y más achacoso, mientras que la niña se ponía hermosa y sonrosada, como una manzana.

Y los días siguieron para nosotros con el delicioso encanto de las brujas y de los magos, en tanto que el otoño doraba las hojas de los árboles, las flores se marchitaban y los pájaros, en bulliciosas bandadas, se iban, se iban lejos.... Y *el viejecito que se iba a morir* se tornaba pálido y frágil como una hoja de ese otoño que se llevaba en sus alas el viento helado y zumbador.

Una tarde, la última de nuestras bellas tardes en la aldea, y cuando los niños reímos haciendo fiesta de nuestra alegría, vimos a lo lejos un cortejo fúnebre que lentamente avanzaba por el sendero de los sauces y cipreses. Las campanas de la ermita doblaban con eco lastimero; y en el cielo todo negro, había una tristeza infinita....

—Quién habrá muerto? pregunté; una de las niñas repuso:—De seguro que ha sido *el viejecito que se iba a morir*. Y todos dijimos: sí, debe ser el viejecito porque ya no podía con la carga de sus años. Pobrecita la niña! —agregó otra de mis hermanitas—que solita va a quedar!

Pero a poco, vimos que el ataúd que traían los melancólicos aldeanos, era un ataúd blanco y pequeño, y detrás, llorando, llorando mucho, todo encorvado y tembloroso, iba *el viejecito que se iba a morir*.

Rafael Ángel Troyo

1907

Rubén Darío escribía en 1906 a Rafael Ángel:

Mil gracias por su último libro que me ha llegado por medio de nuestro eminente amigo el señor de Peralta. Como siempre, aplaudo en Ud. su entusiasmo, su amor al Arte, su dignidad intelectual y su talento laborioso.

Desde hace tiempo no estoy al corriente de la producción literaria costarricense, pues pocas obras y periódicos recibo de su hermosa patria, en lo que—no puedo olvidarlo—he pasado horas felices en otro tiempo.

30, rue Feydeau, Paris

Ecos del espíritu de la Naturaleza y de la Historia

(Inédito)

Imaginémonos una ciudad asentada en noche de espesas tinieblas. El súbito resplandor del relámpago anuncia tormenta y lluvia. El pensamiento de los mortales siempre meditabundo cuando la naturaleza se encuentra oscura, tempestuosa y bravia, no osa manifestarse a ese tiempo alegre y placentero, en ningún lugar, ni en el Palacio del Magnate, ni en la alcoba del rico, ni en el vistoso salón de la cortesana, ni en la humilde morada del trabajador, ni en la choza del pobre, ni en el claustro del penitente, ni en la guarida del criminal. Entonces el oído, más despierto que los otros sentidos, no percibe sonido de instrumento músico, ni eco melodioso de voz humana; sólo siente el fragor del trueno que retiembla por el espacio, o la solemnidad del silencio que se impone con terrible grandeza. La cítara del corazón enamorado enmudece entonces ante la majestad de lo sublime: el espíritu entra en grave meditación y la conciencia se yergue altiva para siempre como reina en su trono, o como Juez de su tribunal. El gemido del corazón o el horror del remordimiento o el llanto de la penitencia vienen luego en reemplazo del delito lisonjero, o de la ilusión perversa, o de la risa apasionada.

A medida que la tempestad se condensa y embravece, a medida que abruma los ánimos con sus estruendos y fragores, el pensamiento vuela por el silencioso y dilatado mundo del espíritu, cuyos espacios recorre, logrando sorprender a veces, en sus vastas soledades, secretas bellezas y armonías que hacen olvidar completamente los encantos y hermosuras del mundo material. Quién a la voz del trueno en las nubes no ha sentido melancólico transporte hacia una región superior, inefable, que causa zozobra en el sentimiento y mueve la voluntad con angustia igual a la del ciervo sediento que suspira por las fuentes de agua? Quién no remonta el vuelo de su inteligencia hacia un mundo desconocido, cuyos ecos pulsan tiernamente las intimidades del alma? El trueno que se oye sonar de día fija las atenciones del espíritu, como si percibiera llamamiento de voz extramundana, el trueno que estalla y retumba de noche, sumerge la mente en muy serias y trascendentales reflexiones. Es entonces cuando el hombre siente vida extraña y halla dentro de sí un consuelo especial que no lo encuentra en las cosas sensibles ni en el trato con sus compañeros de peregrinación en la tierra.

El primer movimiento que siente el misero mortal al oír en noche de tempestad el clamoreo del trueno, es una leve exhalación que se escapa del pecho hacia algo indeterminado, hacia una cosa indefinida,

que remueve dulcemente las fibras del corazón y del cerebro. Es eso a nuestro entender, un efluvio fugaz del verdadero amor que todos buscamos por diversos caminos, amor que sólo en el espíritu nace, crece, vive, se desarrolla y dilata hasta perderse en el océano de amor infinito que es Dios.

Cualquiera otra dirección del amor es falsa, engañosa y páfida. Sólo el amor espiritual tiene caracteres de permanencia y eternidad, sólo él no muere con el tiempo como los demás amores que forja la imaginación fuera del espíritu que es verdadero centro. Cuando este amor ha logrado prender en los corazones, sus incendios no pueden ser contenidos en la limitada esfera de la existencia humana, rompe los lazos de la materia que los mantiene en prisión, para volar a Dios, amor absoluto. Pablo Apóstol, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Catalina de Sena, murieron a impulsos de ese amor que salvó violento los límites de su organismo natural.

Lícito es inferir de lo expuesto, que una noche lóbrega, acompañada de ruidosa tormenta, es un poderoso despertador del espíritu humano. Ah! si el hombre supiera aprovechar esos instantes de enseñanza espiritual que bien pudiéramos llamar divina, reconocería al punto la locura del entendimiento cuando éste le arrastra y le consume en el fango de lo material y sensible buscando la verdad donde no existe y el amor allí donde sólo se encuentra odio, horror, abominación. La naturaleza exterior es el órgano de las manifestaciones del espíritu humano. Ella no puede concebirse separada de éste. Será siempre su compañera inseparable. Por éso no consiente que los pensadores soberbios le ofendan, constituyéndola ídolo de sus adoraciones. Por eso lanza gritos de horror contra los rebeldes que sueñan aniquilar la inmortalidad de su propio espíritu, proclamándola a élla, único Dios de sus pensamientos. Aquel que niega a Dios en pleno medio día, tiene miedo de negarlo en las tinieblas de una noche borrascosa. La luz del relámpago, el crujir del trueno y la lobreguez del horizonte, amedrentan su soberbia y arrebatan su mente sin quererlo ni pensarlo, a regiones ideales que ninguna relación tienen con la audacia de sus negaciones.

Nó; jamás el mundo físico puede imaginarse desprendido del mundo moral. No es necesario alta filosofía, ni metafísica sublime para comprenderlo. Los hechos más sencillos lo evidencian. El secreto de horror de una noche tormentosa suele transformarse en plácido descanso del corazón humano, cuando la lluvia desciende a torren-

tes de las nubes. Sentimientos de paz, dulzura y serenidad vienen entonces a refrigerar el espíritu, refrigerio que será tanto más sensible y deleitoso, cuanto más fuerte y abundante haya sido el manantial de agua lanzado por los vapores atmosféricos. Hay un encanto secreto en el aguacero que se oye caer en el silencio de la noche. Los dolores y amarguras de la humana existencia se adormecen y calman. Hasta las dolencias físicas suelen mitigarse al ruido de la lluvia, como si la frescura del agua que baja a la tierra, viniese a apagar los dolores y angustias del padecer.

Quién no adivina en estas coincidencias de lo físico con lo moral el paralelismo permanente entre el espíritu y la materia? No lo dudamos; la naturaleza visible es como el instrumento músico que expresa los movimientos armoniosos y conciertos del espíritu invisible! Quién sabe si las tinieblas, los relámpagos, los truenos y la lluvia no son otra cosa que notas, tonos,

gemidos y lamentos de una alma que suspira, llora, padece, ama, ansiando salvar la prisión de su cuerpo! Quién sabe si ese amor, escondido allá en las profundidades del espíritu humano, favorecido o contrariado, tiene poder para imprimir sus vibraciones a los elementos de la Naturaleza, los cuales como si fueren cuerdas de una inmensa lira, responden al amor o al tormento o a la rebelión del espíritu humano.

El mar se agita soberbio por la rebeldía de Jonás. La lluvia no vuelve a la tierra por la impiedad de Achads. Las más horriboras tinieblas se asientan en el Egipto por la tiranía de Faraón. Cuando Jesucristo, Eterno Amor, Dios y Hombre verdadero, inclina su frente a la muerte, el universo entero se conmueve y estremece.

Juan de Dios Trejes
Presbitero

Cartago, C. R.

Primer aniversario del terremoto de Cartago

En mitad de un valle, cuyos naturales encantos suscitan recuerdos de la antigua Arcadia, cercada de campos que parecen el mar clásico de las églogas de aquel armonioso Virgilio que glorificó las sencillas empresas y dijo en versos claros como fuentes y rumorosos como bosques, los secretos del caranillo, las inquietudes del cabrero, el cuidado de las industriosas abejas y los arrobamientos de los pastores enamorados; favorecida por un clima suave, sin los rigores del Norte ni las envanentes influencias de los soles fatigosos y con tantos estímulos para el trabajo como para el ocioso deleite, se erguía hace hoy un año la ciudad de Cartago.

Fundada en 1563 por uno de los primeros conquistadores,—más noble por su ánimo emprendedor y decidido que por los cuarteles de su escudo,—asiento del Gobierno Español en tiempo de la colonia, cuna de los viejos prestigiosos que fundaron la República, su historia es la de Costa Rica entera que encontraba en su seno augusto de matrona la vena de las tradiciones patrias y veía en sus archivos el relicario de los entusiasmos y cariños nacionales. Sus hijos se distinguen generalmente por cierta discreta reserva, sin que por ello, pueda considerárseles reacios y huraños. Cierta que no conocen la zalamería puesta en moda por exóticos refinamientos de costumbres, mas comprenden bien sus deberes sociales y alternan en las relaciones de esta índole, poniendo en todos sus actos un sello de sinceridad que muchas veces no tienen los más extremados cumplimientos. Pocos son

entre ellos los indignos de ostentar en su pecho el blasón que el Rey Fernando concedió a la «Noble y Leal Ciudad» de sus gobernadores. Cual herencia imprescriptible de aquellos hidalgos de Castilla que dejaron el solar hispano por los riesgos de un continente desconocido, su carácter se encuentra señalado, por un matiz de austeridad. Amigos de la independencia y del decoro prefieren a una vida de ostentaciones, brillos y engaños, una existencia modesta de domésticos esparcimientos. Conforme con esta fisonomía moral, sus moradas eran sencillas y casi adustas; desprovistas de lujos y elegancias no adulaban los sentidos, pero sí ofrecían el deseable confort y condiciones de higiene que constituían prenda de salubridad absoluta. De su pueblo juicioso y diligente puede decirse que tiene el culto de la tierra. Siempre le ha dado los buenos días la aurora en la campiña, cuyos surcos sonríen a la íntima caricia del arado o al brote de la polifíc simiente. Casi no existe cultivo que no solicite su esfuerzo en la feraz comarca. Tranquilo y feliz, vive entregado a la virtud agraria del valle cruzado de ríos y ceñido de poéticas serranías que sedujo desde un principio a los bravos caballeros de España, quienes olvidaban en aquel encantador panorama el hechizo de las vegas del Guadalete y en los aires vivificadores del Irazú las auras embalsamadas de la Bética. Creyérase esa porción de tierra destinada para huir al ruido del mundo. Sus hálitos frescos son un bálsamo para los espíritus hastiados de actividad y placer y el corazón doliente puede encon-

trar expansión en sus parajes en el más bello olvido de sí mismo.

Así dormida cual confiada Desdémona sobre el cojín de verdura que le ofrece la montaña,—causa de su ruina,—la sorprendió el terremoto del cuatro de mayo. Un exterior volcánico, espasmo del enorme Irazú cuyo casco de acero empavonado recogía esa tarde los oros del poniente, sacudióla con tremendo impulso y la ciudad se vino abajo, sepultando entre sus escombros un gran número de vidas preciosas: niños, mujeres, ancianos, los deudos de los cuales no se cansarán nunca de llorar. Todavía se estremece de emoción nuestra pluma, cuando recordamos el abandono del huérfano, las lágrimas de la viuda, los ayes de los moribundos. Sin necesidad de precisar la imaginación contemplamos de nuevo los grupos lamentables de los heridos asilados en el Parque, el sepelio de los cadáveres, muchos de los cuales eran conducidos al Cementerio sobre tablas u hojas de zinc, porque las carretas y carruajes no bastaban al copioso acarreo, el aspecto desesperado de algunos y la atonía de otros, las mil escenas de terror y de angustia que se sucedieron en aquella noche fatídica y en aquel luctuoso amanecer. A pesar del tiempo las sensaciones de espanto subsisten aún, y a veces nos sorprende lo mismo que una pesadilla, la visión de los rostros amoratados donde la asfixia había impreso su estigma, de las sienes inocentes del niño rotas por el golpe de una piedra, de los miembros fracturados del adulto comprimido por las vigas que sostenían su estancia.

Cataclismo terrible: a su empuje los templos rindieron sus torres, sólidas como atalayas medioevales unas, sutiles y ligeras como flechas otras; las casas cedieron quebrantadas en su base,—y hasta los más resistentes edificios sintieron hendidos sus sillares y rotos sus sostenes;—al igual que en la profecía de Jesús, no quedó piedra sobre piedra. En un minuto el trabajo de varias generaciones, el cuidadoso empeño de los administradores públicos encaminado a coronar los privilegios del clima y la pureza del ambiente con la provisión de agua potable,—el establecimiento de un servicio de cloacas, la macadamización de las calles principales, las recientes obras de ornato, las mejoras de las empresas privadas,—todo desapareció a impulsos de las ciegas irritaciones del maciso asolador. Las mismas calles, tan anchas y espaciosas, quedaron borradas por una capa de desechos. En ciertos sitios se divisaban moles enormes, cual si fueran proyectiles lanzados en una refriega de gigantes. Los pocos muros que subsistieron en pie a la sacudida, parecían tambalearse aún y fingían a los ojos horrorizados, gestos dementes y bocas hambrientas. El chalet, graciosa realización de un cuento de hadas, la Basílica de delicado estilo gótico, el Hospicio erguido por los

sentimientos piadosos de una dama nobilísima y de un sacerdote virtuoso, el Hospital fundado también por los frecuentes donativos de honorables matronas y excelentes varones, las escuelas de niños, pocas horas antes colmenas jubilosas de parvulitos, el Colegio de San Luis Gonzaga, célebre instituto donde han iniciado sus intimidades con la ciencia y el arte los talentos del país, el Palacio de la Corte Centroamericana, construido gracias a la donación del insigne pacifista Mr. Carnegie, todo, desde las fábricas más sólidas, hasta los modestos hogares de bahareque, se confundió en un hacinamiento de escombros, bajo el cual gemían los moribundos y solicitaban auxilio los heridos a un vecindario loco de espanto y ciego por el polvo y las sombras de la noche.

El impetu asolador no conoció límite. Penetró hasta en la casa de los muertos, el asilo sagrado del silencio y la quietud, donde los ecos de la existencia se extinguían, cual si quisieran confiar al espíritu los secretos del misterio, y que, puesto el término de las inquietudes, batallas y fatigas de los hombres, parecía defendido por promesas de segura paz, y allí abatió desde los alados genios que rematan el monumento de mármol hasta las sencillas cruces y los humildes nichos que velan el sueño de los pobres. Fué tal el ánimo devastador de este enemigo,—extraño a Tennyson, el tierno, y desconocido a Job, el leproso—que la misma Muerte, sorprendida de inusitado pánico, olvidó por un momento la guarda de sus huéspedes y sus sepulcros, como si obedeciesen al clarín apocalíptico en el definitivo juicio, se abrieron para expulsar sus huesos y sus carroñas....

Pero cubramos con un velo de silencio estas desgracias y hagamos constar con orgullo que éllas no han sido bastantes a abatir el temple del cartaginés. En una catástrofe que no ofrecía sino sugerencias de horror y desesperanza, cuando el miedo y las estrecheces consiguientes al desastre insinuaban la deserción y de muchas partes se levantaban voces aconsejándola, en momentos en que los árboles (de las casas, los únicos ilesos) elevaban sus ramajes sombríos a modo de landes para llorar con acentos de tristeza y dejos de amargura la destruida ciudad, el cartaginés ha encontrado intacta la devoción cariñosa a su terruño e inalterable la fe que heredó de sus mayores. El no quiso resignarse a abandonar a la sombra y al olvido el suelo donde duermen sus abuelos, ni pensó tampoco volver la espalda a los tonos azules de las montañas que limitan el horizonte en que se dilató gozosa su pupila al primer beso de la luz. Con constancia y tesón muy superiores al estrago de que fue víctima, ha dedicado todos sus esfuerzos y energías a reconstruir la urbe de su cariño, el arca santa de su historia, y hoy las flores de

mayo ponen allí junto con los cantos del trabajo y las sonrisas del cielo promesas consoladoras de renacimiento.

Justo es recordar en estas líneas la afectuosa solicitud con que los pueblos unánimes de la República acudieron a interesarse por la desventurada suerte de sus hermanos de Cartago. No hubo casa en el país cuyas puertas no se abrieron espontáneas al compatriota afligido por los furores de la naturaleza, ni corazón que permaneciese sordo a las corrientes de piedad y filantropía. Puede decirse sin temor a equivocarse que ningún cartaginés dejó de sentir sobre sus hombros la presión de una mano amiga y que no pasó desgracia alguna en la terrible hecatombe sin conmover profundamente el alma de la familia costarricense.

Los dolorosos episodios del cuatro de mayo no se han apartado todavía, ni se apartarán jamás de la imaginación de las gentes. En aquel entonces constituyeron el único tópicó del pensamiento en general y los días no han logrado aún borrar esa impresión.

Asimismo debemos repetir nuestras protestas de gratitud a los gobiernos y pueblos extranjeros (en particular los de Centro América) que enviaron con el oro de su amable ayuda, sus sentimientos de simpatía al pueblo en desgracia.

Cuántas madres tejerán hoy con sus sollozos una corona de recuerdo para el hijo desaparecido! Cuántos niñitos sentirán ahora en lo íntimo del pecho, más glacial que nunca el frío de la orfandad! Los padres echarán de menos al hijo en que cifraban el orgullo de sus canas y la razón de su existir. Las viudas alucinadas por la pena volverán a escuchar el acento de las amadas voces extinguidas y casi todos tendrán una tumba o quizá aquella huesa común que tragó tantos cadáveres, donde deshojar las flores del afecto y verter las fuentes del llanto.

Estén seguros los que en estos instantes lloran la memoria de los deudos muertos, bajo los escombros de la ciudad nativa, que la nación entera toma parte en su duelo y que las lágrimas que hoy vuelven a humedecer los hogares desiertos, encuentran sincera correspondencia en el espíritu del primero al último costarricense. Hace en esta fecha un año que fuimos todos a Cartago a llevar un pan a los que heridos por el dolor, hambre y fatigas, buscaban al ser amado, tristes y llorosos entre las ruinas de sus casas.

Figúrasenos que hoy volvemos a emprender el mismo viaje y llegamos a Cartago a ofrecer a los que sufren algo más precioso: el corazón.—MARIO SANCHO

El doctor Ferraz

El anciano mentor está, como ayer, pleotórico de sabiduría. La energía, entusiasmo y clarividencia, son en él una segunda naturaleza.

Morirá, si muerte puede llamarse el tramontar del sol gigante, dejando honda huella de luz, dictando consejos, ilustrando a la juventud, a la que ama entrañablemente, por la que trabaja y vive a diario preocupado.

Así meditábamos en estos días, al asistir a los exámenes de fin de año en nuestro inolvidable Colegio de San Luis Gonzaga, cuyas puertas fueron por vez primera abiertas por el mismo Doctor Ferraz, el día 16 de setiembre de 1869, bajo los auspicios de la brillante administración del Licenciado don Jesús Jiménez, que tanto se preocupó por la instrucción pública del país.

Allí en medio del Tribunal de Exámenes, la cabeza blanca del Doctor, más reluciente que el blanco Libam; semejava al patriarca del pueblo selecto del pensamiento, al Doctor de la Ley, decifrando los arcanos recónditos de la ciencia. Bien merece presidir los torneos en donde el joven intelecto, ayudado por férrea voluntad, libra las lides más gloriosas de la humana estirpe.

Cómo no recordar nuestros mejores años pasados en las aulas del Colegio de San Luis, en compañía de muchos amigos, que hoy siguiendo la natural inclinación e innata aptitud, llevan su contingente más

o menos valioso al cuerpo social? Cómo no recordar las lecciones de literatura, de griego, dictadas por el Doctor Ferraz?

Jamás el tedio se reflejó en el semblante del alumno que desde los bancos del Colegio escuchaba las lecciones del Doctor. Ahí se oían oportunas disertaciones de historia literaria, de lenguas, de sana filosofía, ciencias profundas y sagradas, solución de problemas vitales de educación, en fin, todo lo que de los labios de un hombre de estudio, amante de la sabiduría puede brotar.

No es posible olvidar al maestro; el cariño, respeto y agradecimiento, siempre ha recibido culto en lo más íntimo de nuestro corazón; temblamos, al ver no muy raro, almas pálidas y sin vida en donde no florece la fragante flor de la gratitud.

Por eso no sé que pura satisfacción nos cabe cuando, año por año, vemos al Doctor asistir a los exámenes del Colegio de San Luis. Día vendrá en que la historia de los grandes hombres que han honrado nuestra patria abrirá sus páginas para escribir con letras de oro el nombre de los que mucho han laborado por la juventud, contribuyendo a su verdadera y sólida formación.

El nombre del Doctor Ferraz ocupará lugar preferente. Sea esto un justísimo homenaje al ilustre catedrático.

Manuel Jaraleta, Presbítero

Oblación

Inédito en el álbum de Arabela Jiménez C.

*Blanca princesita, noviecita mía,
teje mis ensueños el hada Armonia
y en giros sentidos canta el corazón
de este poeta de amables quimeras
que vive la vida de las primavera
rimando una dulce, sonriente canción.*

*Noviecita blanca, lirio Juventud,
rosa Primavera, fragante Virtud,
tornarme quisiera sutil mariposa
y libar airoso mieles cristalinas
entre los pistilos y corolas finas
del lirio gentil y la ardiente rosa.*

*En estos cantares, sentido blasón,
las más ricas perlas de mi corazón
los oros mejores de todas mis gemas
se engastan radiantes, oh viro fulgor!
—cual simbolizando la luz del Amor—
en tus imperiales y ricas diademas.*

*Noviecita blanca, un lirio, un jazmín,
no ofrecen la senda que conduce al fin
de los sueños de hadas que teje el Encanto....
Sueño, sueño tanto con una azucena
que en prados celestes florece serena
y a quien con el alma dirijo mi canto.*

*En tu nombre, oh lirio, la más dulce nota
anhelosa y trémula de mi lira brota
y el cordaje gime con honda terneza
y el bardo suspira con suave emoción
con el dulce tono de amante canción
que dice sonora tu regia belleza.*

Fernando J. Volio

Cartago, C. R., 1918.

Fernando J. Volio es un joven de 18 años que por su talento y por su amor a la belleza será mañana,—si él lo procura—un digno sucesor de sus conterráneos ilustres.—N. de la D.

ALSINA



IMPRESA
LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Las últimas obras recibidas de América y
Europa están de venta en la Librería

“La Express”

===== Frente a Robert Hermanos =====

W. R. GRACE & Co.
San Francisco New - York
New Orleans

Importadores Exportadores
Vapores

Agencias

<i>Nicaragua</i>	<i>Cuba</i>	<i>Puerto Rico</i>
<i>Argentina</i>	<i>Italia</i>	<i>Salvador</i>
<i>Venezuela</i>	<i>Japón</i>	<i>Panamá</i>
<i>Jamaica</i>	<i>Brazil</i>	<i>Suecia</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Botivia</i>	<i>China</i>
<i>España</i>	<i>Colombia</i>	<i>Chile</i>
<i>India</i>	<i>Guatemala</i>	<i>Perú</i>

GRACE BROS & Co. Ltd.

London & Liverpool

Oficina en San José: Pasaje Central

Teléfono 796

Charles G. Herdman

Agente General